

«¡Distinción insolente!—dijo;—muchos diputados modestos no serán *jefes de opinión*, pero son excelentes ciudadanos. *El patriotismo es para ellos una religión y les basta con que el cielo vea su fervor, no necesitando palabras para expresarlo.* Ellos no son menos precisos á la patria que los grandes oradores: quiera Dios que nos hayais servido tanto á la patria con vuestros discursos como ellos la sirven con su silencio.»

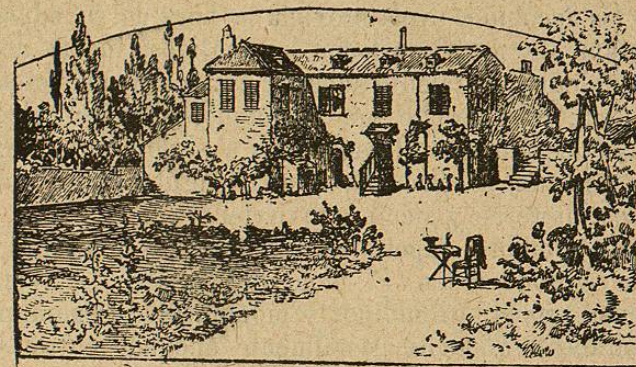
Lameth terminó con toda clase de terribles acusaciones contra Mirabeau.

Este se hallaba sentado al lado de Camilo Desmoulins. «De su cara —dijo Camilo al día siguiente en el periódico—caían gruesas gotas de sudor. Estaba delante del cáliz en el Huerto de las Olivas.»

Noble y justa comparación salida del corazón de un enemigo: enemigo sin hiel, inocente y que en su cólera revelaba aún, á pesar de sí mismo, la admiración por el hombre al que había amado tanto.

Sí, Camilo tenía razón. El grande orador, que por una cuestión de equidad, de libertad y de humanidad iba á perecer, no era indigno, á pesar de todo, del sudor de sangre y del cáliz de amargura. A pesar de cuanto malo había hecho este vicioso, este culpable, este infortunado grande hombre, se purificaba en sus últimos momentos.

Haber sufrido por la justicia, por el principio humano de nuestra Revolución, es su expiación suprema, su nimbo de gloria ante el porvenir.



CAPITULO X

Muerte de Mirabeau

Mirabeau derribado por las medianías.—Indecisión del partido bastardo al que combatía. Ineptitud del partido que defiende.—Se cree envenenado y anuncia su muerte (Marzo del 91).—Sus últimos momentos: su muerte (2 de Abril).—Juicios diversos sobre Mirabeau —Mirabeau no traicionó á la Francia. En él hubo corrupción, no traición.—Cincuenta años de expiación bastan para la justicia nacional.

Es muy sensible que no tengamos la contestación de Mirabeau. Fué sin duda, á juzgar por los resultados, el triunfo de la pericia y la elocuencia. Poseemos un extracto de ella, seguramente desfigurado. Sin embargo, de él se desprende que dicha contestación debió contener, entre cien dichos halagadores é insinuantes, palabras irónicas como la siguiente:

«¿Y cómo podrían suponer que tenga yo el absurdo propósito de presentar los Jacobinos como facciosos, cuando cada día refutan tan bien esta calumnia con sus contestaciones y sus sesiones públicas?»

Con todo esto, el eximio orador se hizo tan hábilmente Jacobino, tan sensible á su opinión, que le bastó un momento para revolver todos los ánimos. Confesó que había sido algo receloso con los Jacobinos, pero que siempre les había hecho justicia. Se le tributaron aplausos.

Por fin, terminó diciendo: «Quedaré con vosotros hasta el ostracismo.» Había vuelto á conquistar todos los corazones.

Salió y no volvió más. Su genio era todo lo contrario del de los Jacobinos. No podía sufrir el yugo de aquel espíritu mediano, el cual, no teniendo ni las necesidades del talento que experimenta el hombre superior, ni el entusiasmo del pueblo, exigía, por instinto nativo, que todos quedasen á su misma altura; ni más alto ni más bajo.

La Revolución, que ascendía, llevaba al poder á las activas medianías del jacobinismo.

La clase media, la burguesía, cuya parte más inquieta se agitaba

en el Club de los Jacobinos, veía próxima la hora de su advenimiento. Clase verdaderamente media en todos los sentidos: media de fortuna, de espíritu, de talento. El talento superior escaseaba; más escasa era la invención política; el lenguaje era monótono, siempre calcado sobre Rousseau. Grande, inmensa diferencia con el siglo décimo sexto, en el cual cada uno tiene una lengua fuerte, una lengua propia, y cuyos defectos enérgicos interesan y siempre divierten.

Salvo cuatro hombres superiores, tres oradores y un literato, todo lo demás es de segundo orden. El ídolo que reinaba, Lafayette; y los ídolos que vienen tras él, girondinos y montañeses, generalmente son medianías. Mirabeau quedaba literalmente ahogado entre estas medianías.

El flujo iba creciendo, la marea venía de alta mar. Mirabeau, como robusto atleta, se quedaba en la orilla, en la ridícula actitud de quien combate contra el Océano, y la ola continuaba subiendo. Ayer le llegaba el agua al tobillo, hoy á la rodilla, mañana hasta la cintura... Y cada ola de este Océano que carecía de figura y de forma, cada ola que llegaba hasta él y que intentaba agarrar estrechándola con su robusta mano, escapaba sutil, silenciosa é incolora.

Lucha ingrata, que de ninguna manera era la de principios opuestos. Mirabeau apenas podía definir contra quien pugnaba. No era contra el pueblo, ni tampoco contra el gobierno popular. Mirabeau hubiese ganado con la República, hubiese sido sin duda el primer ciudadano. Luchaba contra un partido inmenso, mezcla de varias formas; y que no buscaba nada más que una apariencia, un no se qué, un medio de gobierno irrealizable; ni monarquía, ni República: partido mestizo, con dos sexos, ó mejor dicho: sin sexo, impotente, pero al igual de los eunucos, agitándose en proporción de su impotencia.

Lo ridículo y extraño de la situación era que este nada, en nombre de un sistema todavía no descubierto, organizaba *El Terror*.

El mal humor y el disgusto se apoderaron de Mirabeau. Comenzó á entrever que la corte jugaba con él y le engañaba. Había soñado en desempeñar el papel de árbitro entre la Revolución y la Monarquía: creía tener ascendiente sobre la reina como hombre y poder salvarla como hombre de Estado. La reina, que quería más ser vengada que salvada, no gustaba de ninguna idea que fuese razonable. El medio que proponía Mirabeau era justamente el que más le repugnaba: *Obrar siempre con moderación y justicia y tener siempre razón*; trabajar lentamente, pero con fuerza, la opinión, sobre todo la de los departamentos; apresurar el fin de la Asamblea, de la cual nada podía esperarse, formando una nueva y hacerla revisar la Constitución.

Mirabeau quería salvar dos cosas: *la realeza y la libertad*, creyendo á la realeza una garantía en la libertad. En esta doble tentativa encontraba un grande obstáculo: la incurable ineptitud de la corte, á la que defendía. El lado derecho de la Asamblea, formado de amigos de la

corte, había hecho contra los colores nacionales una insolente campaña, imprudente en alto grado. Mirabeau respondió á tales ataques con un apóstrofe sublime, con palabras que hubiera dicho la misma Francia si hubiera podido hablar. Por la noche vió entrar en su casa á Mr. de Larmark, que venía de parte de la reina á quejarse de su violencia. El gran orador le volvió la espalda, respondiéndole con indignación y desprecio. En su discurso sobre la regencia pidió é hizo decretar que las mujeres fueran excluidas de ella.

En realidad la corte no buscaba seriamente su ayuda; lo que quería era comprometerle y hacerle perder su personalidad. Esto último lo había logrado en gran parte. De los tres papeles revolucionarios que podía haber desempeñado un genio, el de Richelieu, el de Washington ó el de Cromwell, ninguno era ya posible para su persona. Lo único bueno que le restaba hacer era morir á tiempo.

Como si sintiera impaciencia por acabar pronto, Mirabeau aumentó aún en este mes de Marzo, que fué para él el último, el furioso derroche de vida que era en él ordinario. Se le encontraba en todas partes, y en un departamento de la guardia nacional aceptaba nuevas funciones. Apenas abandonaba la tribuna proyectaba sobre todos los asuntos la luz de su talento, descendía á todas las especialidades, aun á aquellas que parecían más extrañas á sus conocimientos, siendo ejemplo en esto sus discursos sobre minas, que fueron los últimos que pronunció.

Iba y venía, hablaba y se agitaba, á pesar de que se sentía morir y tenía la convicción de que le habían envenenado. Lejos de combatir la enfermedad que se apoderaba en él con una vida higiénica, parecía tener empeño en salir al encuentro de la muerte. El 15 de Marzo pasó la noche entera cenando con algunas mujeres hermosas, y su estado se agravó. Las dos pasiones pronunciadas de Mirabeau eran las mujeres y las flores; pero hay que advertir que jamás tuvo trato con mujeres públicas: en él el placer siempre fué unido al amor. Esteban Dumont cuenta que Mirabeau trabajaba siempre rodeado de flores. «Sus gustos —dice Dumont— eran más delicados que se ha dicho. Su apetito era grande y comía mucho, como hombre que derrochaba tanta vida, pero jamás se le conoció ningún exceso en la bebida. Su elocuencia no era producto del vino, como la de Fox, Pitt y otros oradores ingleses.»

El domingo 17 de Marzo se encontraba en el campo, en su casita de Argenteuil, donde hacía mucho bien á los campesinos de los alrededores. Siempre había sido tierno para las miserias de los hombres, y todavía lo fué más al ver aproximarse la muerte. En la soledad de la noche Mirabeau se sintió atacado de fuertes cólicos, pero acompañados de angustias insufribles y creyó morir sin médico y sin que le cuidaran. Los socorros llegaron por fin y Mirabeau no murió.

Pareció restablecerse de aquel ataque, pero la enfermedad seguía su curso. Solo le quedaban cinco días de vida. Al día siguiente, lunes

28, Mirabeau, débil y con todos los signos de la muerte en el rostro, se obstinó en ir á la Asamblea. En aquel día decidíase el asunto de las minas, asunto muy importante para su amigo Lamark, cuya fortuna estaba comprometida. Mirabeau habló cinco veces, y moribundo como estaba, todavía venció. A la salida de la Asamblea comprendió que todo había terminado. Con este último esfuerzo en pro de la amistad había acelerado su fin.

El martes 29 se esparció la noticia de que Mirabeau estaba enfermo. Viva impresión en todo París. Entonces supieron hasta sus adversarios cuánto le amaban. Camilo Desmoulins, que en aquella época le hacía una guerra ruda y sin cuartel, sintió destrozado su corazón. Los violentos redactores de *Las Revoluciones de París*, que en aquel entonces proponían la supresión de la monarquía, censuran al rey porque no va en persona á visitar al ilustre enfermo.

El martes por la noche, la muchedumbre se agolpaba á la puerta de Mirabeau ansiosa de noticias. El miércoles los Jacobinos le enviaron una diputación, y á la cabeza de ella á Barnave, de cuyos labios oyó Mirabeau con complacencia las palabras de respeto y admiración del club. Carlos de Lameth había rehusado formar parte de la diputación.

Mirabeau, temiendo las obsesiones de los curas, había hecho decir á todos los que se presentaran que estaba esperando á su amigo el obispo de Autun, aquel prelado escéptico que había de ser con el tiempo el astuto diplomático Tayllerand.

Nadie ha sido en su muerte más grande y más tierno que Mirabeau. En sus últimos momentos fué todo entero para la amistad y para pensar en la suerte de la Francia. Más que la muerte le inquietaba en sus últimos momentos la actitud dudosa y amenazante de los ingleses, que parecían preparar la guerra. «Ese Pitt—decía á su médico é íntimo amigo Cabanis—gobierna más por lo que amenaza que por lo que hace. De vivir yo más, algún disgusto le hubiera dado.»

Le hablaron del interés extraordinario del pueblo por adquirir noticias de su estado, del respeto religioso de la muchedumbre, que se aglomeraba bajo sus ventanas, sin turbar el profundo silencio. «¡Ah, el pueblo—murmuró comovido;—un pueblo bueno, digno de que se desvivan por él y se hagan toda clase de esfuerzos por fundar y afirmar su libertad!—Mi mayor gloria es haber vivido para él, y mi mayor consuelo ver que muero rodeado del pueblo.»

Los futuros destinos de Francia le inspiraban sombríos presentimientos. «Me llevo conmigo—decía—el duelo de la monarquía; sus despojos van á ser presa de los partidos.»

Se oyó un cañonazo y Mirabeau se incorporó, gritando como si soñara: «¿Es que son ya los funerales de Aquiles?»

«El 2 de Abril por la mañana—dice el médico Cabanis—Mirabeau hizo abrir sus ventanas y me dijo con voz firme:

«—Amigo mío, yo moriré hoy. Cuando se está en este caso sólo

queda una cosa que hacer, y es perfumarse, coronarse de flores, rodearse de música, á fin de entrar agradablemente en ese sueño del que no se despierta nunca.» Después llamó á su ayuda de cámara: «—Vamos, prepárate á afeitarme, á hacer mi toilette toda entera.» Hizo llevar su cama cerca de una ventana abierta para contemplar los árboles de su pequeño jardín, en los cuales comenzaban á brotar las primeras hojas de la primavera. El sol brillaba y él dijo: «—Si ese no es Dios es por lo menos su primo hermano...» Al poco rato perdió la palabra, pero respondía siempre con signos y sonrisas á las muestras de amistad que le dábamos. Cuando acercábamos nuestra cara á la suya él por su parte hacía esfuerzos para besarnos...»

Los sufrimientos eran excesivos, y como no podía hablar, escribió esta palabra: «*Dormir.*» Deseaba ahorrarse la inútil lucha de la agonía y pedía que le diesen opio. A las ocho y media murió, elevando sus ojos al cielo. La mascarilla que sacaron de su rostro y que fijó su último gesto, indica una dulce sonrisa, un sueño lleno de vida y de dulces visiones.

Su muerte produjo un dolor inmenso, universal. Su secretario que le adoraba y que muchas veces había tirado de la espada por él, quiso cortarse el cuello. Durante la enfermedad se presentó varias veces un joven preguntando si se quería ensayar la transfusión de la sangre en el enfermo y ofreciendo la suya para rejuvenecer y dar nueva vida á Mirabeau. El pueblo hizo cerrar todos los espectáculos y dispersó á silbidos y pedradas un baile aristocrático que parecía insultar el dolor general. Mientras tanto, se verificaba la autopsia del cadáver. Habían circulado rumores muy siniestros. Una palabra dicha á la ligera que hubiera confirmado la idea del envenenamiento, habría podido costar la vida á cualquier persona tal vez inocente. El hijo de Mirabeau asegura que la mayoría de los médicos que hicieron la autopsia «*encontraron rastros indudables del veneno;*» pero que prudentemente se callaron.

El 3 de Abril el departamento de París se presentó á la Asamblea nacional pidiendo y obteniendo que la iglesia de Santa Genoveva fuera consagrada á la sepultura de los grandes hombres y que Mirabeau fuera enterrado el primero. Sobre el frontón debían ser inscritas estas palabras: «A los grandes hombres, la Patria reconocida.»

Descartes ya estaba allí: Voltaire y Rousseau no tardarían en ser conocidos. «¡Hermoso decreto!—dijo Camilo Desmoulins en su periódico.—Hay miles de sectas y miles de iglesias entre las naciones, y en una misma nación lo que para unos es el santo de los santos, es la abominación para las otras. Mas para este templo y sus reliquias, no habrá disputas. Esta basílica reunirá á todos los hombres en el mismo culto: la gloria de la patria.»

El 4 de Abril se verificó el entierro, el más grande, el más popular que se ha visto en el mundo.

El pueblo solo hizo el servicio de policía y lo hizo admirablemente.